

oficiales que habian jurado la paz. El sentimiento del honor y del derecho que poseian los samnitas les indujo á no aceptar la ofrenda expiatoria y á poner en libertad á los afligidos cónsules y oficiales.

Los samnitas que, despues de la victoria de las Horcas Caudinas, habian conseguido algunas ventajas apoderándose de Luceria y Fregelle, y logrado en algunos puntos dar vida y fuerza al partido anti-romanista, no fueron en lo sucesivo muy afortunados. Los valientes generales romanos, el audaz plebeyo Q. Publilio Filon, y el infatigable é inteligente patricio Papirio Cursor, antiguo ciudadano que llevaba al extremo la



Guerrero samnita (de un vaso)

disciplina de sus soldados y la suya propia, consiguieron grandes victorias sobre sus enemigos. La guerra se sostuvo durante muchos años en las esplanadas y en los glacis campanios y apulios y en el Liris, y por último (314), en el Samnio septentrional, junto á la capital Bovianum, despues que en 315 los samnitas consiguieron una importante victoria en el paso de Lautule, en el territorio de los volscos. Hasta el año 313, los romanos no solo dominaron sangrientamente los movimientos de sus súbditos, sino que se aseguraron la posesion de la Apulia, la Campania y la línea del Liris, comenzando (desde 314 á 312) á robustecer su situacion frente al Samnio septentrional por medio de nuevas estaciones y colonias militares, que circuián la comarca, desde Saticula, al Oeste, hasta Luceria, al Este, en las cuales residía constantemente media legion. Mas aun, como la línea de Roma á Luceria separaba á los samnitas del Norte, se construyó en 312, para dominar mejor los territorios que se extendían de Roma á Capua, el gran camino militar, denominado Via Apia, que fué dirigido por el célebre censor Apio Claudio con aquel buen arte que mostraron en esta clase de trabajo los italianos, y que todavia conservan en nuestros dias.

Por último, se levantaron en pro de los samnitas los demás itálicos, menos los griegos de Tarento, pues estos á pesar de las simpatías que por los samnitas sentían, no se decidieron en tiempo oportuno á auxiliarlos con sus fuerzas. En cambio, de ellos se separaron en 312 ó 311 los etruscos, á los cuales siguieron en 309 los umbrios. En el nuevo teatro de la guerra, se dieron á conocer el genio militar y la audacia del jóven héroe romano, Quinto Fabio Rulliano, patricio

dotado de excelentes condiciones que desentendiéndose de la rigida costumbre, con nueva y extraordinaria política inició la serie de grandes hombres á que despues perteneció el vencedor de Zama. Siendo cónsul, atravesó Rulliano en 310 el bosque cimínico, junto á Viterbo y derrotó por completo á los rasenas junto al lago de Vadimón: una nueva victoria conseguida en 309 junto á Perusa por los romanos, agotó de tal manera las fuerzas de los rasenas, que en 308 firmaron una paz que permitió á Rulliano derrotar á los umbrios de Mevania en Clitumno, uno de los puntos estratégicos de la península que mas importancia tenían en la antigüedad. En el entretanto habian fracasado tambien las desesperadas tentativas que hicieron los samnitas para darse la mano con sus protectores del Norte; en efecto, cuando en mejores condiciones se encontraban para marchar al través de los cantones de los marsos y sabinos (310), y cuando habian logrado derrotar al cónsul Cayo Marcio Rutilo, el Senado, haciendo un supremo es fuerzo, envió para combatirlos un nuevo ejército á las órdenes del anciano Papirio Cursor, que nombrado dictador, terminó su larga y brillante carrera militar con una gran victoria conseguida en Longula (309) sobre las últimas tropas escogidas de los samnitas. Todavía con esto no podían considerarse agotados el valor, ni la perseverancia de los samnitas; pero su fuerza material habia desaparecido. El posterior levantamiento (308) de los pequeños pueblos sabelios de la Italia central, diseminados entre el país de los sabinos y el Adriático, entre el Samnio y la Umbria, fué tan inútil para los samnitas, como la sublevacion de los hérnicos (306), cuyas consecuencias fueron análogas á las que habia tenido para el Lacio la lucha de 338, y la de los equos de 304. Cuando los romanos procedentes de Campania y del Adriático se reunieron en 305 ante Bovianum, y se apoderaron de ella, despues de haber derrotado á Stacio Gelio, los samnitas perdieron todo su valor y energía y juntamente con sus aliados sabelios firmaron al siguiente año con los romanos una paz, llamada «Alianza igual,» en la cual se estatua su sujecion real y efectiva á la soberanía romana. Los mismos tarentinos, que solo habian luchado contra los lucanios aliados de Roma, firmaron con el Senado una paz que prohibía, como en otro lugar vimos, á los buques de guerra romanos, doblar el cabo brucio de Lacinio.

V.—ESTADO INTERIOR DE ROMA. CARÁCTER DEL PUEBLO ROMANO. ESCLAVOS Y LIBERTOS

Estas luchas gigantescas entre romanos y samnitas corrieron paralelas con el desenvolvimiento interior que tendía á la completa igualdad entre la nobleza y la plebe. Sucesivamente los plebeyos pudieron ingresar en las comunidades sacerdotales y en 306 la ley Ogulnia les permitió entrar en los colegios de los pontífices y de los augures, para lo cual las plazas de estos se aumentaron hasta el número de nueve, y fueron por igual desempeñadas por plebeyos y patricios. Las extraordinarias dotes de que habian dado pruebas los generales plebeyos y el valor heroico mostrado por los soldados de la plebe, hicieron desaparecer muchas antiguas preocupaciones, á pesar de lo cual no faltaron en lo sucesivo algunas escenas desagradables ocasionadas por los patricios con motivo de ciertas elecciones. Hay que notar tambien que, á medida que fué desapareciendo la importancia política de los patricios, se fué formando una nueva aristocracia, la llamada nobleza, que se constituyó con los mas influyentes de entre las distinguidas familias de la plebe, y en la cual los nobles nuevos y los antiguos, como descendientes todos de funcionarios curules del Estado, se encontraron en este terreno reunidos. No faltaron entre las familias de la nueva nobleza signos distintivos que indicaban la descendencia ag-

naticia de funcionarios curales, pudiendo citar entre ellos las sortijas de oro, los arneses de plata, la orla purpúrea de la toga, y por último la caja de oro que contenía los amuletos, como distintivo de ser hijo de senador. Con esto se deja entrever que al terminar esta época habia de comenzar á despertarse cierta oposicion democrática, aunque prudente y mesurada, contra la nueva nobleza, oposicion que, sin embargo, no alteró por entonces en su esencia las cordiales relaciones que entre la nobleza y el pueblo existían. Bajo el punto de vista social, fué muy importante la ley petelia, promulgada en 326 ó 313, que mejoraba notablemente la condicion de los procesados por deudas: en ella se disponia que todo deudor que afirmase bajo juramento poder pagar, conservaria su libertad personal, mediante la cesion de sus bienes, y que ningun ciudadano romano podia ser declarado siervo de la deuda, sin sentencia de los jurados. Cuando despues se adoptó el sistema que permitía la ocupacion de los territorios del Estado, mejoró de un modo notable la condicion de los pobres labradores, á consecuencia de las grandes conquistas y adquisiciones de territorios que se hicieron desde el año 338, pues el buen estado en que se encontraba la hacienda romana hizo que el Senado pudiese poner fin al aumento de tributos y enviar millares de hombres de las clases agrícolas, media y baja á poblar una gran parte, en extremo bella, de la Italia, con lo cual mejoró asimismo la condicion de los que se habian quedado en los antiguos límites de Roma.

El pueblo romano, tal como se nos presenta durante las crueles luchas que á fines del siglo cuarto se sostuvieron por la supremacia de Italia, ofrece muchos caracteres dignos de tomarse en consideracion, al lado de no pocos rasgos desagradables. El soberano orgullo con que hacían alarde de su virtud los antiguos romanos, y que encontramos á cada momento en la historia de su literatura, tocó frecuentemente en los límites del exclusivismo y del desprecio á los demás; y no menor era su tendencia á disfrazar con dulces nombres el duro trato que á los vencidos daban. Ya conocemos su costumbre de engañar en determinadas circunstancias al enemigo, cumpliendo la letra de los tratados. Además de la fria dureza, distinta de la humanidad relativa de los helenos, con que todas las clases se trataban entre sí, para con los débiles y para con los adversarios, vemos en los romanos un resto de la antigua barbarie que les permitió, hasta el reinado de Tiberio, dar muerte á los jefes enemigos que se habian sometido en buena guerra, y hacer que en las entradas triunfales los caudillos prisioneros, y despues hasta sus mujeres y parientes, apareciesen ante la ciudad y el pueblo formando parte del séquito del vencedor.

En cambio vemos en el pueblo romano una masa escogida de labradores, con las cualidades de tales, los *quirites*, dueños de toda clase de bienes. La rusticidad, unida á cierta majestad, que se observaba en su aficion á los placeres, en los debates, y en el trato privado, acompañado de cierta causticidad, á veces tosca, no permitió á los romanos educarse en las formas cultas de la vida, ni dedicarse á aquellas que hacían de los griegos entusiastas cultivadores de las artes y de las ciencias. El talento práctico que mostraron en todas las cuestiones, así de la vida privada como de la pública, fué para los griegos motivo de admiracion. La severa disciplina y las austeras costumbres de su familia y de su juventud, la buena fe del romano, su respeto á la palabra dada, su probidad en las cuestiones pecuniarias, sus sentimientos nobles, su espíritu jurídico, hacían del pueblo romano uno de los mas admirables de cuantos poblaban las costas del Mediterráneo. Si á esto añadimos el conocimiento de la ciencia del Estado, y el enérgico patriotismo de que dieron sobradas pruebas los romanos, la severa disciplina á que en el ejército y en la vida

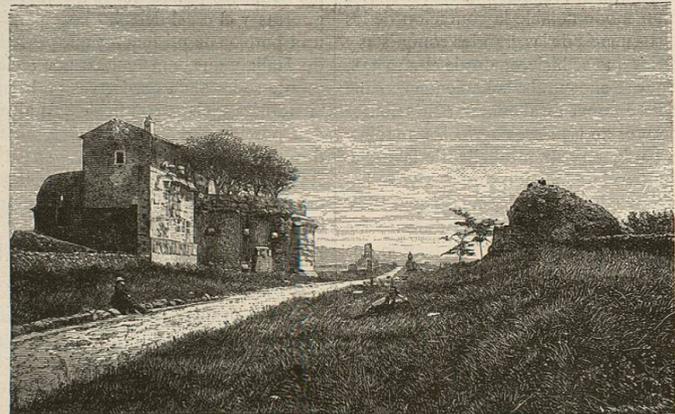
municipal se sometían, su tenaz perseverancia, su extraordinaria fuerza de voluntad y por último la fidelidad con que cumplían sus deberes, se comprenderá fácilmente que, con el tiempo, ningun pueblo de la península pudiese resistir á estos «hijos de Marte.»

Esto no obstante, á fines del siglo cuarto antes de Jesucristo, habian surgido nuevas dificultades interiores, nacidas de un hecho en el cual apenas se habia parado mientes durante la lucha entre la nobleza y la plebe; este hecho era la esclavitud. Roma distaba entonces mucho de ser lo que fué despues, en una época en que, desgraciadamente para su porvenir, aquel fuerte Estado debia ser llamado Estado de esclavos, á la manera de los del Sur de la Union americana antes de la última guerra. Mas, á pesar de ello, la esclavitud habia sido causa de graves inconvenientes. Ciertamente que, segun todas las probabilidades, el número de esclavos comprados en las comarcas de allende los mares era escaso, pero las muchas guerras y el cruel derecho bélico antiguo, llevaron á Roma una porcion de prisioneros que procedían de todas las tribus de Italia y que eran tenidos por esclavos; y aunque propiamente se les tenia por siervos de la casa ó del campo, como la nobleza apelaba con frecuencia al sistema de ocupar grandes porciones del *ager publicus*, los trabajos agrícolas eran desempeñados con tales siervos en perjuicio del trabajo libre. Las relaciones entre los propietarios romanos, y mas aun entre los labradores y los siervos del campo de procedencia italiana que no eran rasenas ó celtas, fueron mas humanas y mas llevaderas, gracias á las sencillas costumbres de la vida romana, que las que posteriormente nacieron entre los grandes señores y los millares de esclavos procedentes de los demás pueblos del antiguo mundo. En breve, sin embargo, se manifestó un grave inconveniente, que fué la costumbre de ordenar muchas emancipaciones de esclavos, que en un principio solo tuvieron efecto cuando un señor creía á alguno digno de la libertad, y que despues tomaron el carácter de actos de humanidad, llevados especialmente á cabo en las disposiciones testamentarias. Esto poco á poco se fué convirtiendo en objeto de especulacion, pues con frecuencia los señores establecían á sus esclavos como mercaderes ó como industriales, ó daban para esto á los emancipados un capital, apropiándose una parte importante de los beneficios que tales industrias ó comercios producían. La consecuencia inmediata de este sistema fué que en Roma nunca pudo existir una clase media romana; pues el comercio y la industria al por menor se encontraban, cada vez mas, en manos de los emancipados, lo cual unido al poderoso incremento que fué tomando la esclavitud, impidió el desarrollo libre de las pequeñas transacciones mercantiles é industriales. Además, las plazas de escribientes subalternos en las oficinas públicas se proveían casi por entero en los descendientes de la clase, cada vez mas numerosa, de los libertos.

Con esta nueva clase de clientela que substituyó á la antigua, se relacionaron las grandes dificultades políticas que con el tiempo fueron apareciendo. Ciertamente que las conspiraciones de esclavos, como la del año 419, fueron movimientos aislados; mas como era muy incómodo y pesado ver á las crecientes masas de libertos y de sus descendientes ingresando en la ciudadanía, y encontrarles ocupando de derecho una situacion política, que fué causa de una nueva mezcla en el pueblo romano, por mas que no llegase á tener ni la extension ni la importancia que tuvo la del siglo segundo antes de Jesucristo, de aquí que muy pronto, en 357, se hiciera pesar una fuerte contribucion sobre las emancipaciones. La cuestion tomó un aspecto grave cuando uno de los mas importantes hombres de la guerra samnita se apoderó, por un nuevo procedimiento, de la influencia política de estos libertos.

VI.—EL CENSOR APPIO CLAUDIO

El jefe de la altiva familia de Apio Claudio, célebre aristócrata y enérgico hombre de Estado, que en 312 había sido nombrado censor, hizo por varios conceptos memorable su administración. Imbuido en atrevidas y radicales ideas, indujo á los romanos á construir grandiosos y útiles edificios, cuyas ruinas todavía son imponentes. Él fué quien construyó la primera de aquellas colosales vías militares, con que los romanos formaron una verdadera red dentro de su imperio, tan importante bajo el punto de vista militar, como bajo el punto de vista del tráfico mercantil. Él fué, asimismo, el primero que dotó á Roma de aguas potables y acueductos que, llegando á su apogeo en el tiempo del imperio, conservan aun verdaderas cascadas que hacen de la ciudad del Tiber una de las capi-



Parte de la Via Apia

las modificaciones que debía introducir en la condición de los libertos este grande hombre, que se dedicó también á la literatura, y al cual los modernos investigadores han colocado al frente de los literatos romanos. Las antiguas ideas producto de la soberbia de la familia Claudia y el odio que profesaba á la plebe instruida y propietaria, fueron desvaneciéndose mas y mas, hasta tal punto, que aquel hombre de genio original y previsor, quiso á su manera imposibilitar que trataran de ponerse limitaciones á los derechos de ciudadanía del pueblo no contribuyente. Como censor, sin consultar al Senado ni á los comicios, incluyó en las listas de los ciudadanos, y dió, por ende, el derecho de ciudadanía, en general á todos los elementos libres de Roma que no poseían bienes, y en particular á la población emancipada que hasta entonces había estado inscrita en las cuatro tribus de la ciudad, en cuyo concepto pagaba la contribución que le correspondía según su bienes; que ejercía los derechos comunes á la ciudadanía; pero que no podía formar parte del ejército regular, ni emitir su voto en los comicios. En otros términos, Apio confeccionó las listas de ciudadanos de tal manera que incluyó á los que no tenían bienes en las tribus donde le pareció conveniente inscribirlos, y á los que tenían algunos bienes en la correspondiente centuria; verdadero ataque al principio fundamental de la constitución, ya que el derecho de sufragio se hallaba de muy antiguo subordinado á los bienes y posesiones territoriales de cada cual.

Pero este hecho ofreció todavía algo mas notable: el territorio de Roma se había extendido considerablemente, como

tales mas abundantes en agua. Apio Claudio fué el primero que viendo la escasez de agua que á Roma conducían los arroyos y manantiales potables, se propuso aprovisionarla convenientemente, llevando á la capital las límpidas aguas que fertilizaban la apartada comarca de Preneste. Como admirador de la civilización griega y confiado en análogas construcciones llevadas á cabo por el mundo helénico, comenzó las obras que desde entonces han sido admiración del orbe. La conducción de aguas por él dirigida fué subterránea, como lo fueron también en su mayor parte las obras que posteriormente llevó á cabo para elevar las aguas á las alturas de las colinas de Roma, aguas que salvaban el espacio comprendido entre esta ciudad y las montañas vecinas por medio de magníficos acueductos.

Mas importante que todo esto fueron para los romanos

hemos visto, gracias á lo cual se esparcieron por vastas tierras, desde el bosque cimínico hasta la Campania, las tribus agrícolas romanas nuevamente formadas; siendo por lo tanto cada vez mas difícil á los labradores romanos, fuera de los casos en que se debatían cuestiones trascendentales, acudir regularmente á las grandes asambleas políticas de Roma. Y como á consecuencia de la reforma los nuevos elementos que preponderaban en la capital fueron diseminados por todas las tribus y centurias, fácilmente podían hacer prevalecer sus votos y, según las circunstancias, crear extrañas mayorías. Hasta donde llegaba su poder se demostró en 304, á despecho de los partidarios del antiguo régimen: en dicho año, la nueva mayoría eligió para el cargo de edil curul al liberto Cneo Flavio, secretario de Apio Claudio. Este hombre, agradecido á la plebe, publicó un calendario en el cual se señalaban los días hábiles para ejercer justicia, y una especie de manual jurídico en el cual se daban á conocer las complicadas fórmulas del derecho romano para cada cuestión legal, fórmulas que hasta entonces habían sido patrimonio exclusivo de los pontífices.

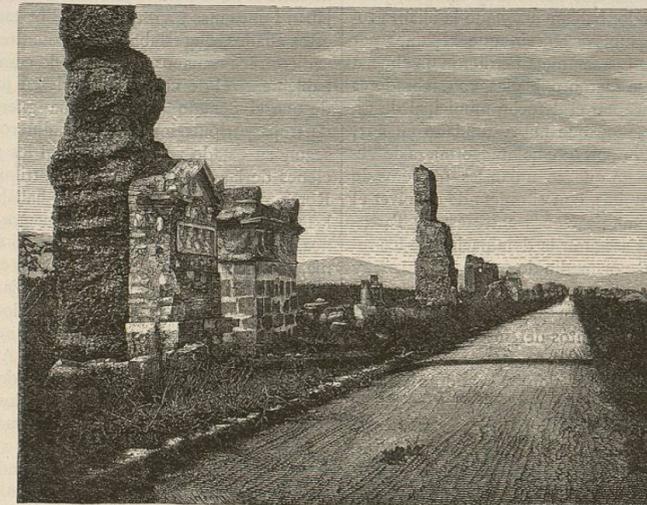
El temido exceso de innovaciones de Apio Claudio fué limitado en 304 por el célebre Rulliano, quien, como nuevo censor, y adornado por su actividad con el sobrenombre de *máximo*, reunió en las cuatro tribus de la ciudad á los que carecían de bienes y á los libertos que los poseían en cantidad menor de 32,625 reales, incluyendo en las restantes solo á los libertos que gozaban de buena posición. En las centurias se conservó la igualdad que entre los libertos propieta-

rios y no propietarios había establecido Apio Claudio, viniendo todos ellos obligados al servicio de las armas; en cambio, perdieron el derecho de sufragio á menos que no hubiesen sido admitidos en alguna de las tribus agrícolas. La constitución se desenvolvió todavía mas despues de terminada una nueva y temible guerra en Italia.

VIII.—TERCERA GUERRA CON LOS SAMNITAS. SITUACION DE LOS ALIADOS Y DE LOS SÚBDITOS

La paz firmada en 304 con los samnitas, no podía engañar á los romanos respecto de su verdadera situación; hartos sabían que aquella no era mas que un armisticio y que su supremacía sobre la península era poco menos que superfi-

cial. Por ello se apresuraron á robustecer sus fuerzas creando importantes colonias y abriendo nuevas vías militares, especialmente en la Italia central, es decir, en la comarca que se extendía entre el bosque cimínico y el Adriático. Los vencidos hénicos perdieron su autonomía, hubieron de aceptar la limitada ciudadanía pasiva de romanos sojuzgados, y vieron rectificadas una parte de sus fronteras. La volsca Sora recibió, como importante fortaleza, una guarnición de 4,000 hombres, y en ella se construyeron dos vías militares, una al Norte sobre Otricoli, cerca del Nequinum umbrío, á orillas del Nera, donde los romanos fundaron en 299 la colonia de Narnia, y otro al Sur de Roma (303 á 301), en las cercanías de la nueva colonia de Carsoli y del lago Celano, en el terri-



Via Apia

torio de los marsos, en donde terminaba la mencionada vía con la colonia de Alba, poblada por 6,000 hombres. Despues, en 301 y 299, solicitaron y obtuvieron los vestinos y los picentinos, respectivamente, la gracia de ser admitidos en la alianza romana.

La agitación que esto produjo y la resistencia que, sin éxito, alguno, hicieron los pueblos á las nuevas fundaciones de los romanos que tanto les perjudicaban; la indignación producida por las antiguas y por las nuevas hostilidades de los romanos al Norte de la Etruria (299); no menos que la nueva agitación de los celtas del Norte, que probablemente en aquel entonces habían tenido algun encuentro con las avanzadas romanas de las fronteras etruscas; todo esto indujo á los samnitas á intentar en 298 una nueva lucha contra Roma, lucha que inauguraron invadiendo la Lucania y destruyendo el partido romano que en ella existía. Roma llevó, también, en esta guerra gran ventaja. Los samnitas, que habían puesto en pié de guerra tres ejércitos, de los cuales el primero se dirigió contra la Campania, el segundo defendía su comarca, y el tercero, mandado por Gelio Egnacio, obraba en combinación con los etruscos, consiguieron, despues de grandes esfuerzos, invadir en 296 la Etruria. Entonces se levantaron en masa los rasenas, y muchos umbríos se unieron á los samnitas, los cuales, además, recibieron el auxilio de algunas tropas célticas, especialmente de las comarcas de los senones, para atacar á los romanos. Estos, por

su parte, hicieron un llamamiento á todas sus fuerzas para hacer frente al peligro. En el año 295 pusieron al frente del ejército (60,000 hombres) los dos generales mas célebres que Roma tenía, el audaz plebeyo Publio Decio Mus, y el noble patricio Rulliano, que había conseguido adiestrar perfectamente á sus soldados en el manejo del pilum y de la espada, quedando en Roma y en Falera algunos cuerpos de reserva. Los dos cónsules se dirigieron por ambas orillas del Tiber y por el Norte hacia Umbría, en donde estaban reunidos los fuertes contingentes itálicos: una irrupción asoladora que hicieron los romanos de Falera en el territorio etrusco indujo á las masas de los rasenas á abandonar, aunque tarde, la Umbría, y regresar á sus hogares. Por fin los cónsules pudieron encontrarse frente á frente de los samnitas y de los celtas en el Sentino umbrío, en la vertiente oriental de los Apeninos, en el alto Aesis, donde se libró una batalla de suma importancia. Cuando la victoria estaba vacilante, Decio que con el ala izquierda combatía á los senones, siguiendo la costumbre sombría de las guerras itálicas, se hizo consagrar por los sacerdotes á los dioses infernales, y precipitándose en medio del ejército enemigo, decidió la suerte de la jornada. La excelente táctica de Rulliano completó la brillante victoria, que, sin embargo, costó á Roma la pérdida de 9,000 hombres; en cuanto á las pérdidas de los samnitas fueron tales, que solo 4,000 de ellos pudieron regresar á su patria.